

Desarrollo económico y desarrollo humano

Alejandro Mora

Se cumplen ahora veinte años desde que el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) publicara su concepto de «desarrollo humano» y elaborara un sistema para medirlo, el índice de desarrollo humano (IDH). Antes de que el PNUD hiciera esta aportación existían ya otras propuestas sobre el «desarrollo» y otros modos de medirlo.

Con su sistema de indicadores, si bien el PNUD ha conseguido enriquecer el concepto mismo de desarrollo humano y situarlo en el centro de muchos debates, mantiene un indicador con serias limitaciones.

Durante la Segunda Guerra Mundial en el bando aliado, como reacción a la concepción de mundo propuesta por el nazismo, los máximos dirigentes de los aliados enarbolaron como estandarte de su política los conceptos de *desarrollo* y *libertades* de los pueblos. Finalizada la guerra, en un mundo polarizado, tanto la URSS como EE UU tratan de promover el *desarrollo* de los países que están en su ámbito de influencia con modelos diferentes.

En la segunda mitad del siglo XX los gobiernos descolonizados intentan justificar funcionalmente su independencia con un mayor *desarrollo*, al tiempo que las antiguas metrópolis siguen interesadas en el *desarrollo* de sus ex colo-

nias por mantener con ellas una especial relación comercial. Si a esto le unimos la aparición de las primeras estadísticas mundiales, en las que se muestran las calami-

*el problema del
subdesarrollo no era un
problema global, era un
problema estrictamente
interno del país, y además
de índole exclusivamente
económica; si se aplicaban
las diez medidas universales
el país correspondiente
podría atraer las inversiones
extranjeras y el capital de
otros lugares al país
correspondiente*

dades de otras regiones, nos encontramos con un escenario mundial proclive al interés del *desarrollo* de los países. ¿Pero a qué desarrollo nos referimos?

Desarrollo económico y crecimiento

Los primeros conceptos de desarrollo se identificaron con desarrollo económico, y éste con el crecimiento económico. El bloque capitalista, heredero de la economía

liberal clásica, consideraba que desarrollo era todo aquello que, según su teoría, conducía al crecimiento económico: división y especialización del trabajo, apertura de los mercados y acumulación de capital. En función de esta teoría, seleccionó una prioridad, el mercado, y consideró todas las demás condiciones necesarias, convirtiendo el mercado en un fin en sí mismo, a pesar de que diferentes teorías del pensamiento neoclásico pensaban que era simplemente un medio.

En un ambiente hostil contra el «estatismo» del polo opuesto –el del bloque soviético–, el individuo capitalista, que libremente se guía por su propio beneficio, pasó a ser el supuesto y el objetivo central del modelo. No era el Estado quien impulsaba la economía, sino el individuo egoísta que buscando su propio interés beneficiaba a su vez al resto de la sociedad, por lo que la receta aplicable desde la teoría, era la de crear las condiciones adecuadas para atraer al capitalista para que invirtiera su dinero. *La ley de Say*, toda oferta genera su propia demanda en el mercado, haría el resto.

La receta era sencilla, tan sencilla que cualquiera podía elaborar sus elementos centrales haciéndose la siguiente pregunta: ¿Qué condiciones pediría/exigiría a un gobierno

un inversor capitalista si tuviese como único objetivo el maximizar su beneficio y tuviera capacidad de exigir reformas o trato especial por ser un gran inversor? La respuesta se organizó en dos bloques: por una parte, exigiría estabilidad macroeconómica para que sus cálculos como inversionista no se viesen alterados por cambios repentinos en el precio de los bienes o servicios (inflación), en el precio del dinero (tipo de interés), en el precio de las divisas del país frente a otras (tipo de cambio), o factores distorsionantes, alto déficit público y déficit comercial.

Por otra pediría otro bloque de medidas relacionadas con el cambio institucional para asegurar y favorecer su inversión. Que su inversión fuese bienvenida (liberalización de la Inversión Extranjera directa); que pudiese invertir en cualquier sector o empresa, aunque sea inicialmente de propiedad estatal (privatización); que le facilitasen la entrada de bienes intermedios y bienes de inversión para su actividad empresarial (liberalización comercial); que el mercado asigne sin trabas, como mercancías, el precio de todos los factores, incluido el trabajo (reduciendo o eliminando costes de seguridad social o de despido o desempleo –desregulación–); que exista una seguridad jurídica para su propie-

dad y para los beneficios obtenidos por su inversión (garantía y extensión de los derechos de propiedad); que se establezcan bajos impuestos a sus beneficios empresariales (reforma tributaria), en un entorno en que se eliminan los subsidios dando prioridad a los gastos en educación e infraestructuras (reordenación del gasto público), reduciendo los peligros inflacionistas o de aumentos de impuestos al reducir los gastos del Estado (disciplina fiscal con déficit público bajo).

Según esta concepción de desarrollo, el problema del subdesarrollo no era un problema global, era un problema estrictamente interno del país, y además de índole exclusivamente económica. Si se aplicaban las diez medidas universales –las indicadas entre paréntesis en el párrafo anterior– el país correspondiente podría atraer las inversiones extranjeras y el capital de otros lugares al país correspondiente. Se trataba de medidas válidas para cualquier país del mundo y en cualquier tiempo¹. De hecho estas propues-

¹ Se aplicó a todos los países del Sur a partir de 1980 por el BM y FMI como ajuste y cambio estructural, y también para los países del Norte. Los famosos criterios de Maastricht para entrar en la UE en 1992 (inflación, déficit presupuestario, deuda pública, tipo de cambio y ti-

tas vuelve a surgir de forma cíclica, o mejor dicho, nunca desaparecen, ya que se convierten en la receta económica en los distintos momentos de crisis de nuestra reciente historia.

Su fuerza estriba en que son obtenidas teóricamente, por deducción, de dos supuestos: el del mercado autorregulado y el del egoísmo individual del inversor. Además tienen un corolario: conducen automáticamente al bien común.

Desarrollo y tasa de ahorro

Harrod y Domar, siguiendo la estela dejada por Keynes, negaron que en el sistema capitalista todo lo producido tenía automáticamente que demandarse, como mantenía la *Ley de Say*; pero, a diferencia de Keynes, se centraron en el crecimiento a largo plazo. Según Keynes, para promover el capitalismo había que entender que la plena utilización de los factores, es decir, que todos los factores disponibles estuvieran ocupados produciendo, era un caso excepcional. Por el contrario, el caso general era

po de interés) eran la misma receta de estabilidad, mientras que para esta teoría la UE avanza por la senda adecuada hacia el cambio estructural, como lo demuestra la solicitud cíclica de mayor desregulación del mercado laboral.

un desajuste entre lo producido y lo demandado, que el propio mercado no podía resolver por sí mismo y, por tanto, y especialmente en épocas recesivas, el Estado tenía que actuar como revulsivo anticíclico.

Mientras que los bienes de inversión –instalaciones, maquinaria, etc.– podían producir hasta un límite, ese límite potencial no era demandado por nuevos inversores a no ser que las expectativas de crecimiento futuro fueran positivas.

El desajuste entre oferta y demanda se debía a que con las expectativas de inversión tomadas en el pasado se producía hoy; pero la demanda de hoy dependía de las expectativas del futuro. En épocas de bonanza se limita la intervención del estado en la economía para que no expulse inversión privada, pero en épocas de recesión su intervención con inversiones anticíclicas –como hoy estamos viendo– resulta vital porque los inversores privados, ante la expectativa de recortes de beneficios, no invierten comprando los bienes ya producidos (ya generados en el pasado por otros inversores), generando crisis de demanda –como en la que estamos en la actualidad–.

En épocas de crisis el inversor no demanda automáticamente todo

lo producido² al contrario de lo que sostenía ingenuamente la *Ley de Say*, el mercado no se autorregula sólo, porque no toda oferta genera automáticamente su propia demanda, y en consecuencia se necesita que el estado invierta para mantener el proceso productivo y cambiar las expectativas de futuro. El argumento de Harrod-Domar se basaba en la diferencia entre la producción potencial y la demanda real en el largo plazo, por lo que había que estudiar la tasa de ahorro necesaria para mantener el crecimiento de la inversión necesaria para que todo lo producido fuera demandado.

La monoeconomía de los neoliberales daba paso a la bieconomía keynessina. La figura del inversor para el crecimiento seguía siendo central, pero era más relevante aún alertar que tenía que existir una tasa de ahorro que permitiera completar el ciclo productivo, y si el inversor privado no estaba estimulado, tendría que hacerlo el Estado.

Sin embargo, tanto la monoeconomía como la bieconomía mantenían que el subdesarrollo era un problema estrictamente económico e interno. Ambas teorías deducían

² Además porque podía desviar su capital del sector productivo al financiero si éste le ofrecía mejores perspectivas de beneficio.

unas soluciones con validez temporal y geográfica universales, al realizar un proceso deductivo desde sus correspondientes postulados.

El camino lineal hacia el desarrollo

Así llegamos hasta «los pioneros de la teoría del desarrollo» en la etapa posterior a la Segunda Guerra Mundial. Se dicen pioneros porque fueron los primeros en estudiar las

el desarrollo seguía siendo un problema estrictamente económico e interno de cada país, y, sin embargo, había distintas políticas que aplicar según se estuviera más o menos cerca del modelo a seguir, según se estuviera en una estación de tren más o menos cercana del destino; se trataba de un desarrollo lineal

economías de los países subdesarrollados de forma específica, y con datos extraídos de la realidad.

Si se estudian los datos del cuadro de la página siguiente, se pueden encontrar una serie de regularida-

CUADRO 1

| Año 2005 | PIB PPA | ESTRUCTURA VALOR AÑADIDO | | |
|-----------------------------|---------------|--------------------------|------------------|------------------|
| | \$ per cápita | Agricultura (%) | Industria (%) | Servicios (%) |
| Unión Europea | 27.630 | 2 | 27 | 71 |
| Europa no integrada..... | 10.356 | 8 | 34 | 58 |
| EUROPA | 20.279 | 3 | 28 | 69 |
| América del Norte | 33.837 | 1 | 23 | 76 |
| América Cetral-Caribe | 4.927 | 13 | 26 | 61 |
| América del Sur | 8.930 | 10 | 37 | 53 |
| AMÉRICA | 2.0927 | 2 | 24 | 74 |
| Asia Occidental | 8.377 | 5 | 49 | 45 |
| Asia Central-Meridional.... | 3.169 | 19 | 28 | 53 |
| Asia Oriental..... | 8.138 | 6 | 33 | 61 |
| Oceanía | 23.846 | 4 | 26 | 69 |
| ASIA-OCEANÍA | 6.298 | 7 | 34 | 60 |
| África del Norte | 5.342 | 11 | 46 | 43 |
| África Central-Occidental.. | 1.553 | 26 | 41 | 33 |
| África Oriental..... | 1.091 | 37 | 22 | 42 |
| África Meridional | 5.384 | 5 | 34 | 60 |
| ÁFRICA | 2.665 | 15 | 38 | 47 |
| TOTAL MUNDIAL..... | 9.497 | 4 | 28 | 68 |

Fuente: ALONSO, J. A., *Diez lecciones de economía mundial*.

des entre los países de más baja renta per cápita, y eso fue precisamente lo que hicieron los pioneros. Utilizando un método inductivo encontraron ciertas características que se repetían en las economías del Sur, y al tiempo otros rasgos distintos en las economías más

desarrolladas. Si este cuadro se hubiera confeccionado con datos de 1950, los países con peor PIB per cápita serían también los más agrícolas, mientras que los desarrollados serían los países industrializados. La solución era sencilla, repetir los pasos que en su día habían

seguido los países desarrollados: había que industrializarse y así se alcanzaría el desarrollo.

Con los pioneros, el desarrollo deja de ser algo deductivo y pasa a ser algo basado en los datos empíricos. Hay un camino para que los países subdesarrollados lleguen a ser países desarrollados, sólo hay que seguir unos pasos, los que marcan la modernización, y esto significa que hay que recorrer el camino de la industrialización.

El desarrollo seguía siendo un problema estrictamente económico e interno de cada país, y, sin embargo, había distintas políticas que aplicar según se estuviera más o menos cerca del modelo a seguir, según se estuviera en una estación de tren más o menos cercana del destino. Se trataba de un desarrollo lineal.

Rostow con su teoría sobre las etapas del crecimiento, posiblemente sea el que mejor resume esta propuesta basada en el análisis del peso del sector primario y secundario en las economías desarrolladas y subdesarrolladas.

El desarrollo cambio estructural global

Desde los años sesenta, los estructuralistas latinoamericanos, con

Prebisch a la cabeza, enmarcados en la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), al reflexionar sobre el precio estancado de las materias primas, y los precios crecientes de los bienes industrializados producidos en los países del centro, habían llegado a

no sólo el desarrollo dejaba de ser un problema interno de cada país para convertirse en un problema en que la inserción exterior de las economías se convertía en determinante, sino que, además, el factor económico no era el determinante

una conclusión: los países de la periferia seguían empobreciéndose, mientras que en el mismo proceso los del centro se enriquecían cada vez más. Es decir, desarrollo y subdesarrollo no son fenómenos independientes, sino que, siendo dos caras de una misma moneda, interactúan y se condicionaban mutuamente.

Entraban en juego nuevos conceptos tales como los procesos históricos entre diferentes países, de ahí

que la vía del subdesarrollo al desarrollo no pasara por repetir la historia de los países desarrollados. De esta manera se echaba por

en la década de los ochenta una era neoliberalizadora, encabezada por la administraciones Reagan y Thatcher, genera una involución a concepciones de desarrollo en las que la monoeconomía volvía a ser identificada unilateralmente con el desarrollo, y donde unos indicadores que se centraban en la estabilidad macroeconómica servían tanto para los países de Europa, como para exigir importantes sacrificios en los países de la periferia con los Planes de Ajuste y cambio estructural

tierra la tesis de los pioneros, ya que los países de la periferia no contaban con otros países más subdesarrollados que ellos mismos, por eso no era posible conseguir la relación ventajosa que los otros tuvieron antes que les per-

mitió fraguar su desarrollo. No había momentos en la evolución continua (bajo PIB per cápita) ni discontinua (sucesión de etapas) hacia el desarrollo, sino que se trataba de un proceso histórico.

No sólo el desarrollo dejaba de ser un problema interno de cada país para convertirse en un problema en que la inserción exterior de las economías se convertía en determinante, sino que, además, el factor económico no era el determinante. Había que considerar para entender esta situación otras dimensiones tales como la social, la política y la cultural que condicionaban lo económico.

Para transformar la realidad había que realizar un proceso histórico de cambio estructural global, donde los países de la periferia dejasen de crecer en función de las necesidades de los países del centro y pasasen a ocuparse de sus propios intereses. Las decisiones de crecimiento debían tomarse en base a la participación social, política y cultural activa de los grupos que en su momento fueron «objeto» del desarrollo y que tenían que pasar a ser «sujetos» del proceso de desarrollo³.

³ Grupos excluidos también en los países industrializados, puesto que el problema Norte Sur no se limitaba a los países, sino que dentro de cada país, en

La industrialización en los países periféricos, sustituiría las importaciones de los países industrializados⁴, generaría la propia industria de bienes de consumo y posteriormente bienes industriales, pero en función de sus propios objetivos y necesidades como país.

Este pensamiento profundizó en las relaciones de dependencia entre los países hasta considerar como central y casi única la relación exterior y el subdesarrollo, planteando que el desarrollo del Norte era el «desarrollo del subdesarrollo» de los países dependientes, proponiendo un desarrollo autónomo y autocentrado⁵.

La vuelta al desarrollo como monoeconomía

El endeudamiento excesivo de los países de la periferia –dinero que

todos los países sin excepción, desarrollados o subdesarrollados, existía su propio centro y periferia.

⁴ La política económica que surgió fue la famosa ISL, industrialización por sustitución de importaciones, que se generalizó en América Latina, pero los resultados fueron decepcionantes, al contrario que en otras partes del mundo en que también se aplicó, como el Sudeste Asiático.

⁵ SAMIR AMIN, *La desconexión, hacia un sistema mundial policéntrico*, IEPALA, Madrid, 1988.

en muchos casos se había destinado a sectores improductivos o fortunas personales– a unos tipos de interés, reales, mínimos o negativos –el tipo de interés era menor que la inflación debido al exceso de oferta de dinero en el mercado, petrodólares fundamentalmente– provocó que a principios de los ochenta, cuando los tipos de interés se elevaron súbitamente, muchos países casi se encontraron en la bancarrota, condicionados por las condiciones draconianas que les imponían organismos internacionales que salieron a su rescate FMI y BM.

En la década de los ochenta una era neoliberalizadora, encabezada por la administraciones Reagan y Thatcher, genera una involución a concepciones de desarrollo en las que la monoeconomía volvía a ser identificada unilateralmente con el desarrollo, y donde unos indicadores que se centraban en la estabilidad macroeconómica servían tanto para los países de Europa, como para exigir importantes sacrificios en los países de la periferia con los Planes de Ajuste y cambio estructural.

En ambos casos el argumento era el mismo, para conseguir confianza y seguridad en el sistema, y así crear las condiciones propicias para el crecimiento generado por los agentes individuales que invier-

ten su dinero, se necesita que el entorno sea lo más previsible posible.

Como ocurre en otros casos, lo que es una explicación plausible y una medida importante por tomar (el que haya estabilidad en el precio del dinero –tipo de interés– de los bienes y servicios –inflación–, en el precio de la divisa –tipo de cambio– y en las exportaciones-importaciones –balanza comercial) se convierte en un sinsentido si se absolutiza, se independiza de su propio objetivo y se convierte ella misma en un objetivo. Dicho con otras palabras: lo que era un medio se convirtió no ya en un fin, sino en el fin, con mayúsculas, valido para todo tiempo y lugar. Los desbarajustes de esa propuesta todavía se siguen pagando.

El desarrollo como ajuste con rostro humano

Algunos de los teóricos principales de las propias instituciones, sobre todo el Banco Mundial, empezaron a percibir algunas inconsistencias en su ortodoxia, lo que les llevó a proponer ajustes, sí, pero con rostro humano. Sólo en pequeños grupos (OIT, por ejemplo) desde la década de los setenta se cuestionaba que el creci-

miento fuera condición suficiente para el desarrollo al considerar que también era necesario el establecer como objetivo la redistribución. Mientras tanto, la apuesta generalizada era que el crecimiento iría llegando, por desbordamiento, a todos los sectores de la sociedad, como si de una pirámide de copas de champán se tratara, sólo era una cuestión de esperar el goteo de los sectores más ricos hacia los más pobres.

En los ochenta algunos autores trataron de independizarse del crecimiento al indicar que éste no tenía que ser más que un medio para conseguir satisfacer las necesidades básicas para todos. Morris, por ejemplo, apuntaba en ese sentido con el índice de Calidad de Vida Física, ICVF, que medía la mortalidad infantil, la esperanza de vida al año y el analfabetismo, pero eran voces minoritarias.

Desde el punto de vista más teórico, Rawls a principios de los setenta había presentado su teoría de la justicia en la que se proponía que una vez aseguradas las libertades civiles y políticas y la igualdad de oportunidades, había que maximizar los ingresos del peor situado en la sociedad, cuestionando la totalidad del mercado con su asignación eficiente y convirtiéndose en referente de la socialdemocracia. En esos años, un filósofo y econo-

mista indio, Amartya Sen, recogía y superaba la propuesta de Rawls al indicar que no era tan importante los ingresos (o recursos) de los que se podía disponer, sino lo que realmente se podía hacer con esos ingresos (o recursos).

Aunque las personas tuvieran el mismo acceso a ingresos, éstos les brindaban diferentes capacidades en función de las condiciones físicas y el entorno social de cada persona particular. Por tanto, la vía al crecimiento pasaba por intentar maximizar no los ingresos, sino las capacidades –de aquel que menos capacidades tenía en la sociedad⁶–.

Todas estas ideas confluyeron a finales de los ochenta, y así en 1990 ve la luz el primero de los informes sobre desarrollo humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD); en él se vertían todas estas inquietudes y alumbraban una nueva concepción de desarrollo, el desarrollo humano, y un indicador para su evaluación, el Índice de Desarrollo Humano (IDH).

⁶ Capacidades y no logros. El que alguien no comiera podía ser porque ayudaba voluntariamente o porque no tenía qué comer. La capacidad de poder comer (íntimamente ligado a la libertad), y no el comer en sí, era lo que había que maximizar.

Las personas centro del modelo y el desarrollo humano

El primer informe sobre el Desarrollo Humano de 1990 empezaba con la siguiente frase: «Este informe es acerca de las personas», ob-

los estructuralistas descubrieron la importancia del tiempo en los estudios de desarrollo, la historia no podía ser repetida, porque las relaciones entre países no tenían marcha atrás, y además el desarrollo era un proceso continuo, no saltos puntuales o de etapas en el tiempo; y por último destacaron la importancia de la participación de los pueblos para decidir sus propios objetivos y destinos

vio en un informe sobre desarrollo, pero era una obviedad que era necesaria recordar, pues tras décadas de teorías sobre desarrollo se había olvidado. Lo más importante son las personas y no el crecimiento, ni los mercados, ni la estabilidad económica, ni la inserción

externa, ni la inversión de los capitalistas, etc. Año tras año en los informes del PNUD se fueron enunciando, a la par que denunciando, que lo que eran simples medios para conseguir la mejora de las personas se habían convertido en fines en sí mismos, quedando las personas como simples instrumentos –en muchos casos desechables–, en las distintas concepciones de desarrollo.

Nadie niega que en un sistema teórico capitalista haya que facilitar al máximo el papel del capitalista individual (medidas de estabilidad y reforma estructural) para que con sus inversiones crezca el país, pero si el objetivo es el desarrollo de la persona, el «desarrollo humano», las medidas no se podrán tomar en contra de las propias personas que se pretenden desarrollar.

Algunos keynesianos se dieron cuenta que el sistema teórico capitalista sólo se daba en los libros, y si se descendía de la teoría neoclásica –con el supuesto fallido de la *Ley de Say*–, la intervención del Estado en la economía con medidas anticíclicas era necesaria. Las medidas neoliberales tomadas por sí solas no eran suficientes –tenían que ser recortadas–, y lo que es peor, los sacrificios exigidos a las personas en sus ajustes estructurales y reformas estructu-

rales se descubrían como recetas fallidas.

Pero el descalabro no termina ahí, cuando se empiezan a examinar las economías subdesarrolladas, como hicieron los pioneros del desarrollo, descubrieron que tampoco eran aplicables a rajatabla –no ya las medidas neoliberales recortadas por las keynesianas–, sino las mismas medidas keynesianas, que no se podían aplicar igual a todo país y en la misma proporción, no existían recetas universales, sino que dependía de la situación de cada país. Las diferentes abnegaciones exigidas a las personas para cumplir con los diferentes objetivos de desarrollo económicos a la postre no encontraban el resultado propuesto.

Y esto era así porque con los estructuralistas nos dimos cuenta que no sólo con medidas económicas (neoliberales recortadas por medidas Keynesianas y éstas recortadas o matizadas según el contexto) era suficiente. Lo político, social, cultural impregnaba y condicionaba lo económico (pero incluso los propios estructuralistas no se aplicaron su propia crítica y continuaron con el crecimiento económico como tótem).

Tampoco era posible alcanzar el desarrollo tomando sólo con medidas en el propio país, sino que el

exterior era determinante –y los dependentistas cargaron aquí las tintas–. Los estructuralistas descubrieron la importancia del tiempo en los estudios de desarrollo, la historia no podía ser repetida, porque las relaciones entre países no tenían marcha atrás, y además el desarrollo era un proceso continuo, no saltos puntuales o de etapas en el tiempo; y por último destacaron la importancia de la participación de los pueblos para decidir sus propios objetivos y destinos.

Eso sí, en todo este transcurrir de teorías sobre el desarrollo, las personas parecían sepultadas bajo las mismas teorías que las querían desarrollar.

El PNUD, con su «desarrollo humano», puso a la persona en el centro de la teoría; incluso doblegando al propio desarrollo, «el desarrollo debe servir a las personas, no las personas al desarrollo», y ese es su gran logro. El objetivo no podía ser otro que el desarrollar las personas, «el proceso de ampliación de las oportunidades de las personas». Unas oportunidades que si bien tenían elementos comunes para todas las personas –una vida larga y saludable, conocimientos para desenvolverse en la vida y que facilitaran su participación, y una serie de ingresos, de recursos, con los que poder vivir–, estaban abiertas a todas aquellas cosas que las per-

sonas pudiesen valorar. *Las capacidades de Sen* superaron los bienes primarios de Rawls y éstos a su vez el utilitarismo neoclásico que estaba en la base de la teoría.

*en los temas importantes
los informes han mostrado
ciertas vaguedades
o ambigüedades propias
de un documento en el que
los intereses y presiones
políticas se intuían,
o se manifestaban
explícitamente; el caso más
evidente es el del indicador
de libertad política que tras
dos años de intentos,
1991 y 1992, se acabó
descartando en 1993*

Las carencias del desarrollo humano

Siendo mucho lo aportado por el PNUD, lo que no ha conseguido en estos veinte años ha sido generar unas directrices claras de política de desarrollo para alcanzar las metas. Los informes son fruto de su época, y el capitalismo y el mercado si bien han sido criticados en diferentes informes, sus

críticas no han sido profundas y no han sido acompañadas de propuestas alternativas.

En todo caso se han propuesto reformas, anunciadas como de gran calado, que en realidad no eran sino las recetas clásicas contra los fallos del mercado que hoy se comparten por buena parte de la ortodoxia económica. Podríamos decir que los informes han dado como supuesto y válido el marco de economía capitalista actual.

A lo más que han llegado ha sido a enunciar temas relevantes, incluso propuestas concretas, pero ya no de desarrollo, sino de eliminación de pobreza, como hito intermedio hacia el desarrollo, como es el caso de los Objetivos del Milenio. Pero siempre en los temas importantes los informes han mostrado ciertas vaguedades o ambigüedades propias de un documento en el que los intereses y presiones políticas se intuían, o se manifestaban explícitamente. El caso más evidente es el del indicador de libertad política que tras dos años de intentos, 1991 y 1992, se acabó descartando en 1993⁷.

⁷ «Hace falta seguir trabajando al respecto, y es preferible que lo hagan las personalidades académicas que pueden examinar la cuestión en un clima exento de presiones políticas internacionales» (ISDH 1993, p. 120).

El índice de desarrollo humano IDH

En las distintas teorías de desarrollo, el PIB per cápita era el indicador más usado y se mantenía al margen de toda discusión. Crecimiento económico igual a desarrollo era el supuesto del que todas las propuestas partían y también el objetivo a perseguir por todos. Lo mismo daba que fueran neoliberales, modernizadores, estructuralistas latinoamericanos o dependentistas, todos ellos seguían teniendo como indicador de desarrollo el crecimiento del PIB per cápita. Esto cambia con la irrupción del IDH.

El desarrollo humano y el IDH se fija en tres dimensiones esenciales de la vida: vida larga y saludable, con conocimientos e ingresos mínimos. El IDH junta en una sola medida la media aritmética de esas tres dimensiones. El desarrollo ya no sólo se mide con el ingreso, sino que también tiene en cuenta la esperanza de vida y los conocimientos adquiridos, y esa ha sido su gran apuesta. Además, para poder juntar las distintas dimensiones se reduce el valor de cada dimensión a un número entre 0 y 1 y se fija en «1» el mejor resultado que pueden obtener los países a medio plazo para cada dimensión, y en «0» el peor resultado previsto.

El propósito del IDH fue desban-car el PIB per cápita como indica-dor del desarrollo. Con su décimo aniversario, en el informe de 1999, Amartya Sen recordaba las con-versaciones con Amul Huq Haq –auténtico impulsor del informe junto con Sen– en las que indicaba que necesitaban otro indicador compacto, único, tan «basto», tan poco pulido como el PIB para ha-cerle frente.

El objetivo se cumplió porque el IDH en parte ha desplazado al PIB. En la actualidad al medir el desarrollo no sólo nos fijamos en los ingresos per cápita, sino que hemos abierto las miras a la longe-vidad, los conocimientos de las personas u otros indicadores.

Quizás después de veinte años, una vez que la multidimensionalidad del desarrollo se ha hecho hueco en nuestras mentes sea mo-mento de mejorar el indicador. El escollo central, aunque poco co-mentado, lo encontramos en to-mar la media de un país como for-ma de representar a las personas de dicho país. Todo el mundo sabe que cuando los datos son muy dispersos, los promedios no tie-nen ningún valor y, sin embargo, se siguen utilizando sin que nadie ponga el mínimo reparo en este sentido. Si bien hay medidas con-cretas de desigualdad desagregando el país por grupos, se sigue

echando en falta el que una medi-da –no central, no un promedio– pueda ilustrar la situación del conjunto de personas de un país.

Si fijáramos como fin la media del país con mejores resultados, o in-cluso su proyección en unos años, pero no como media a conseguir por los países, sino a conseguir por

*el IDH tiene que intentar
recorrer el camino que va
desde medir el progreso del
desarrollo humano de un
país a medir el progreso del
desarrollo humano de las
personas que viven en un
país; superar visones que
indican cómo se amplían
las oportunidades de un
país a indicar cómo se
amplían las oportunidades
de las personas*

cada una de las personas que vi-ven en todos los países, podríamos hallar la distancia en la que se en-cuentran aquellas personas que es-tán por debajo de la media hasta esa media (el objetivo propuesto). Si posteriormente sumáramos esas distancias obtendríamos los años

de vida no vividos por una sociedad (hasta la media), los años no escolarizados o las vidas con ingresos insuficientes. Se trataría de una agregación, pero al mismo tiempo reflejaría la desigualdad.

No sería necesario el buscar, al menos inicialmente, otros indicadores de desigualdad que complementasen al IDH como ocurre en la actualidad con el Índice de Pobreza Humana IPH o el IDG a los que tuvo que recurrir el IDH para mostrar el desigual desarrollo de las mujeres o de las clases sociales más pobres; ni al IPH2 para que los países con más alto nivel de desarrollo tuvieran una meta con este indicador.

Tendríamos, además, un indicador que nos diría algo relevante «tantos años no vividos», «tantos años no escolarizados», etc., y no el actual número entre 0 y 1 que sólo nos indica una posición ordinal internacional.

Igual que el desarrollo humano pone en el centro a las personas, a cada persona, frente a otras propuestas de desarrollo que ponen

en el centro el crecimiento, el mercado, o los países, el IDH también tiene que intentar poner a cada persona en el centro, por encima del país. El IDH tiene que intentar recorrer el camino que va desde medir el progreso del desarrollo humano de un país (en función del aumento del promedio nacional) a medir el progreso del desarrollo humano de las personas que viven en un país. Es necesario superar visiones que indican cómo se amplían las oportunidades de un país (en función del número de personas) a indicar cómo se amplían las oportunidades de las personas (en relación a la media del país en que viven).

El medir el progreso del desarrollo humano de las personas que viven en un país en función de la disminución de la distancia –acumulada– de cada persona hasta el promedio nacional o hasta el mejor promedio internacional intertemporal es un primer paso para el camino que queda por andar, y obtendríamos un indicador más fiel a la propia propuesta del PNUD y del desarrollo humano. ■